

ÍNDICE

2001	11
Cae Nueva York	13
Madera de perdedor	65
Melancolía	117
2002	147
Triste hervidero	189
Rutina de la mala gente	237
Adiós, Vallirana	287
Carta a una amada	335
Cerrazón	395
Escapada a Salamanca	455
Primero la verdad que la paz	511

El Padró, Las Planas, desde el mismísimo punto que separa los municipios de Cornellá de Llobregat y San Juan Despí. 10 de septiembre, lunes.- Las cosas se van enfriando, poco a poco, tras la única tormenta del mes de agosto, una tormenta breve, con un puñado de traquidos escandalosos, nocturna, explosionada, como por compromiso, para que no se diga que este mes se evaporó sin una gota. La tormenta cayó el día treinta. Desde entonces, las cosas se enfrían.

Mi pellejo ha sido el primero en notarlo. Uno, que camina por este piso solitario medio en cueros, casi descalzo, ha tenido que cobijarse en unos calcetines y en una camiseta. Se conoce muy bien que somos animales de sangre caliente. La mujer es el ser vivo más caliente que conozco. (Punto y aparte).

Respiro (uno, dos; uno, dos) y pienso; y los abstractos Felicidad, Desgracia, Futuro, se confunden, se enmarañan en una graciosa nebulosa de incógnitas, en unos inconfesables pinchazos helados allá por la boca del estómago, en una falsa alarma de taquicardia. Alcanzar un perfecto estoicismo sin morbo (no romano, no quevediano), sería el mayor grado de fortaleza humana. Algo así como una fría roca primigenia pensante.

fin, para qué recordar más mis insoportables y soportados comienzos literarios. A lo mejor, al final se cumple conmigo eso que le gusta repetir a Camilo José Cela, eso de que en este país, quien resiste, gana. Yo solo sé que guardo cientos de folios inéditos, que tengo ya treinta y siete años, y que escribo desde los dieciséis, que solo tengo un libro de cuentos publicado, *Relatos del fuego sanguinario y un candor*, desde el año 1997 —al que no le hizo caso crítico ni Dios—, y la novela *El Paseo de los Caracoles*, que se puso a la venta en 1999, que únicamente fue saludada, en los papeles, por tres o cuatro; eso sí, excelentemente.

Algunos de mi entorno sospechan que soy un fracasado. Otros no. Otros imaginan que, aunque a paso de tortuga, un paso de tortuga muy penoso, voy hacia arriba. Hay mucha indeterminación en mi vida. Por no disfrutar de alguna cosa claramente definida, y sencilla, ni siquiera tengo mujer, ni exmujer, ni hijos, ni novia. Sobre esta cuestión de las mujeres, Bukowski me diría que estoy en período de desencanto. Las mujeres, los últimos puyazos de las mujeres...

Le remito a Mihály, por correo electrónico, el relato mencionado. Y le confieso el lance de haber comenzado hoy mismo un diario cuyo final se verá en diciembre de 2002. Y le advierto de que tendré que citar su nombre en la entrada del primer día. El asunto del e-mail se titula: «Re: Resurrección». A veces algunas palabras o situaciones adquieren la categoría de símbolo.

Me parece a mí que en esto de la literatura, si uno nunca se detiene, si uno nunca deja de escribir, cuando menos se lo espera, salta la liebre.

Me quedo paralizado. Por primera vez en su joven historia, se produce un ataque externo a Estados Unidos. Hay una masacre terrorista en Manhattan, la principal olla financiera del mundo. Otra realidad inimaginable: una parte del Pentágono, el más poderoso cuartel militar del planeta, queda en ruinas, también en atentado terrorista. Previsibles miles de muertos entre Nueva York y Washington. Carreras, pánico, evacuación de la Casa Blanca, de los edificios susceptibles de ataque. Clima de guerra. El complejo acto suicida terrorista y la segura onda expansiva transoceánica me dejan paralizado, ansioso de información, con vértigo, notando algo de frío en el estómago, algo parecido a una lombriz helada que cabecea.

13 de septiembre, jueves.- Dos días en Vendrell, provincia de Tarragona, en la torre de mis padres, un chalé que compraron cuando yo tenía doce años de edad. Como ambos son ya mayores —setenta y cinco años ella; setenta y ocho, él—, me gusta reunirme aquí con ellos, los tres a solas.

Mi padre, Francisco Gálvez Mata, tiene el pelo absolutamente blanco, con las mismas entradas de toda la vida en la frente. Como está bastante ágil (no está ni gordo ni flaco), trabaja el huerto. Ahora hay pimientos en el huerto. En el garaje, se apilan la cosecha de patatas y los tomates de colgar, y cebollas y qué sé yo. Mi padre es andaluz, de La Victoria, provincia de Córdoba. Como la mayoría de los hombres de su generación, allá en su pueblo, nunca fue a la escuela. Hemos tenido algún que otro pique, pero ahora, en la última etapa de su vida, armonizamos y vivimos en paz. Mi padre fue jornalero del campo, y picó piedra, y supo del paro, y tuvo un primer intento fallido de emigración,

une intrínsecamente al dinero, el aspecto de ganarse la vida, tendría que aparecer a estas alturas perfectamente detallado. La respuesta es sencillísima, tan simple que pasaba inadvertida: no me gano la vida. La respuesta es, también, atroz; y este cuaderno, un cuaderno gris, mi cuaderno gris.

Cuaderno gris, dos palabras de claras reminiscencias planianas.

28 de septiembre, viernes.- Por lo que se ve en mi andadura literaria, parece que no cuadro, que no cuadro en la vida literaria de este país. Este caminar a trompicones, estos larguísimos espacios entre publicación y publicación, este constante patinar a trancas y barrancas, esta insalvable diferencia de mis modos literarios frente a la mayoría de los autores de mi generación que triunfan, toda esta panoplia de hechos tangibles, todos estos ascos hacen que piense que, aquí, el que falla soy yo. Mi antigua editora, ahora retirada, Menchu Solís, de Alba, me dijo una vez que escribo al límite.

¿Por qué encontraré yo tan pocos nutrientes en la mayoría de los autores de mi generación que he podido leer? ¿Por qué cada vez tengo menos ganas de descubrir autores de mi generación? Sospecho que la culpa la tienen las páginas blancas de sus libros (suele ser la primera). Esas páginas las emborrono con un lápiz, las invado de opiniones y sugerencias sobre el libro entre manos.

Como se me ocurre que, con el paso de tiempo, lo escrito con el lápiz se puede diluir, o borrar, o confundirse entre su propio polvillo acumulado, creo que no estaría de más que, a modo de memoria, transcriba en este cuaderno de memorias aquellos aspavientos vertidos en las páginas blancas de esos libros. La fuerza impresa de la tinta garan-

tengo esta anotación familiar, con fecha y desenlace feliz: «Cornellá, 8-9-2000. (Hoy ha empezado a morir mi abuela). (Mi campeona se ha quedado con la mayoría)».

2 de octubre, martes.- Igual que el martes pasado, cojo el fósil (un Seat Ibiza blanco) y traslado a mi hermana Fina al control médico de su embarazo. Subimos a la cumbre del hospital San Juan de Dios. Mi madre nos acompaña, como la semana pasada. Las dejo en la puerta. Me dirijo al aparcamiento, que es una absoluta escombrera de coches de todas las clases y tamaños. Allí, todos los coches igualados: los de las clases altas, los de las clases medias, los de las clases bajas, los de las clases indeterminadas, que son los de los dueños que, como yo, conducen fósiles. Todos los coches allí, apilados, en el descampado polvoriento, alarmanamente angosto, péfido. Allí, todos los que manejamos el volante, por aquellos recuestos empinados, con los coches medio en pie. Todos allí aparcados, coches de todas las clases, subidos como sentados de culo, de bruces como si padecieran de un castañazo, algunos pudorosamente atravesados, todos apurando espacios, todos igualados, con el paladar dulce, con la pituitaria coloreada de arena sahariana.

Mi hermana, bien, con muchas ganas de ver a su niña. Mi hermana, acarreando su enorme bombo. La han encontrado un poco dilatada, información que me pilla desprevenido, que me hace contener, un segundo, el aire. Dentro de dos semanas justas saldrá de cuentas. La niña Rocío está que se palpa, que se saborea.

Nos dirigimos caminando, cuesta abajo, a la entrada del cachondo aparcamiento. Y mi hermana hace un alto. «Os invito a la lotería», dice. «Que acabe en cinco», añado. Com-

méritos, o como los más tontos, pero no nos aplasten de una manera tan sucia y tribal. A mí me hicieron ustedes mucho daño, y como a mí, a miles. Recuerdo que muchos compañeros de Universidad se iban a Valencia a examinarse del nivel C de lengua catalana, porque allí, el examen, era menos cruel. En Valencia, de los diez puntos en juego, se podía aprobar con un cinco; aquí exigían ustedes una puntuación mínima de siete y medio. Se comportaron ustedes como tiranos. Hicieron ustedes estragos, una carnicería en una copiosa masa de estudiantes universitarios que acababan su carrera; vuestra política lingüística produjo una devastación cultural y profesional comparable, simbólicamente, a una limpieza étnica, a un genocidio. Nos apartaron de nuestra materia. Nos marginaron ustedes a los que por una inevitable cuestión de edad, no podíamos presentar un título de Bachillerato que incluyera una fecha posterior a 1992; nos marginaron ustedes a los que por una simple cuestión generacional no estuvimos, desde la enseñanza primaria —en mis tiempos se llamaba EGB—, en vuestra inmersión lingüística. Excelentes profesores de otras comunidades autónomas del país encuentran vetado su traslado profesional a Cataluña, por desconocer la lengua catalana o por sentirse incapaces de aprender una nueva lengua, de aprobar un examen lingüístico de tan elevadas exigencias. Por ahora no hay fuga de cerebros al exterior, pero tampoco entran, puesto que estos cerebros prefieren vadear un río complicado. He aquí, señores del Gobierno de la Generalitat, uno más de vuestros graves errores históricos. Evidentemente, en las urnas, nunca he votado ni votaré nacionalista. Ustedes hacen espinosas distinciones entre las personas. Ustedes excluyen a las personas. Ustedes utilizan el verbo *excluir*, sancionan con este terrible verbo, por escrito, sin escrúpulos, sin

3 de junio, lunes.- El instituto. Clase de primero, la de los que son un poco deficientes, la clase en la que han incluido a dos niños magrebíes, Karima y Arafí. Estos dos niños, en sus pupitres, frente a frente, siempre separados un par de metros, discuten hoy por primera vez. Discuten en árabe. Karima, una niña arregladita, pulcra en el vestir, le dice a Arafí, de repente y en castellano:

—¡Basura! ¡Tú, basura!

Por fin me hacen caso. Y se callan.

5 de junio, miércoles.- El instituto. En mi departamento. Se comenta el regreso de Silvia, la profesora titular de las dos a las que sustituyo (directamente, sustituyo a la sustituta de la titular). ¿Mis alumnos han dejado k. o. a dos profesoras? Dice Agustina que habló ayer con Silvia y que no dijo nada de lo mío (se refiere a su regreso, a la finalización de mi contrato de trabajo con este centro). Dice Agustina que Silvia no tiene ninguna gana de volver, que desea que no lleguen las vacaciones para no tener que regresar una vez terminado agosto. A mí me parece normal la grima de Silvia a la vuelta al cole. Este instituto es una casa de locos.

Comento unas líneas de un DOGC (Diario Oficial de